

www.elboomeran.com

Marta Sanz

Daniela Astor
y la caja negra



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Joaquín Alcón, 1972, del archivo personal de la autora

Primera edición: mayo 2013

© Marta Sanz, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9762-3
Depósito Legal: B. 7774-2013

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A Ángeles Martín,
por la supervivencia, la compañía, la persistencia*

Imaginar un tiempo de silencio
o pocas palabras
un tiempo de química y música

los hoyuelos por encima de tus nalgas
que mi mano recorre
o el pelo es como la piel, dijiste

una época de largo silencio

alivio

procedente de esta lengua el bloque de caliza
un hormigón reforzado
fanáticos y mercaderes
arrojados a esta costa de verdor salvaje de arcilla roja
que respiro una vez
en señales de humo,
soplo de viento

el conocimiento del opresor
éste es el lenguaje del opresor
y sin embargo lo necesito para hablarte

ADRIENNE RICH

Me llamo Catalina Hernández Griñán. Tengo doce años. Mi madre es de pueblo. No me gusta el pescado frito. Como pollo y migotes. Estoy flacucha. Saco muy buenas notas. Mi color preferido es el verde esmeralda. Mi chica más guapa del mundo es Amparo Muñoz.

—¿A quién prefieres, a Blanca Estrada o a Susana Estrada?

Las mujeres de nuestro mundo son la combinación de un nombre y un apellido: Susana Estrada, Blanca Estrada, Rocío Dúrcal, Mónica Randall, Silvia Tortosa.

—¿Qué nombre te gusta más, Silviatortosa o Rociodúrcal?

En la leonera me llamo Daniela Astor.

—¿Daniela o Gabriela?

—Daniela Astor.

Tengo veintitrés años. Nací en Roma. Mis medidas son 90-60-90. Soy rubia natural. Llevo pestañas postizas y tengo un lunar sobre el carnoso labio superior. Mis ojos son de color violeta.

—¿Violeta o azul?

—Violeta. Definitivamente, violeta.

Hablo tres idiomas, aunque dos de ellos los hablo mal, y esa imperfección convierte mi acento en gracioso y atractivo. Sé conducir. Tengo un coche descapotable y un apartamento en-

moquetado con un gran vestidor de paredes tapizadas en raso azul. Luz tenue. En una esquina del salón hay una barra de bar y unos taburetes. El alcohol no me afecta. Desprendo un aroma magnético que hace que los hombres se queden prendidos a mis curvas, pero también a mis ángulos. Ésa es la gracia. Hago películas. Mi cama tiene dosel. Guardo secretos. Me desnudo por exigencias del guión. Me encanta esquiar en los Alpes.

—¿Los Apeninos o Los Andes?

—¡Los Alpes! Te he dicho que los Alpes.

Y los ascensores. Me encantan los ascensores. Sobre todo los que suben a la azotea de los rascacielos como una vena exterior sobre la musculatura del edificio. Tengo un perro que se llama Bob en homenaje a Bob Niko, bailarín del ballet Zoom, con quien tantas veces he compartido plató y escenario. Veo su melena que sube y baja como una peluca traslúcida con la luz de los focos. Puedo asegurar que, en el siglo XXI, Bob será un hombre ya completamente calvo. Un magnate me ha pedido en matrimonio, pero yo aún quiero disfrutar de la vida. Tengo una aventura con un poeta autodestructivo que quizá sea mi amor verdadero. Sólo por él afloran mis lágrimas. No se las merece. Tengo otro amor secreto cuya identidad aún no puedo desvelar. Les pido un poco de paciencia a los chicos de la prensa que están esperando una exclusiva. La exclusiva llegará antes de lo que esperan.

Aunque parezco otra persona, con la cara lavada estoy igual de guapa que cuando me pinto para salir a tomar un cóctel y me pongo vestidos negros con la espalda al aire cuyo escote me llega casi, casi hasta la rajita del culo. *Casi* es una palabra muy importante en mi vocabulario. A menudo uso pendientes colgantes y me descubro la nuca. Me recojo la melena en un moñete que deja a la vista las concavidades de ese punto desde el que, como un río, nace un blanco cuello de cisne que desemboca en el cráneo. Son concavidades sexy.

—¿Muslo o pechuga?

–Pechuga. A la plancha, *garçon*.

Soy muy amiga de mis amigas. Estoy enamorada del amor. Siempre acompañan mis pasos canciones del hilo musical o de anuncios de perfumes.

–¿Nardos o jazmines?

–Rosas, querida, siempre rosas.

Daba-daba-da. Estoy fotografiada en color: no me puedes soñar en blanco y negro. Los hombres se desmayan a mi paso. Mi plato preferido es el caviar. Presento un programa de variedades en la primera cadena de televisión. Ahora mismo llevo una minifalda, botas que me llegan a mitad del muslo, un abrigo de zorro rojo, una blusa semiabierta que insinúa la redondez de mi pecho, no demasiado voluminoso, nada desprendido y perfectamente ubicado, una manzanita pink lady. La justa abertura de mi escote, ni poco ni mucho, *casi* revela la calidad de mi lencería.

–¿Pink lady o Golden?

–La Golden es para las tartas. No seas pesada.

Colón descubre América en 1492 y Guillermina Ruiz Doménech es Miss España en 1977 y finalista de Miss Universo. Pero en el primer certamen yo soy nombrada Miss Simpatía, Miss Elegancia y Miss Fotogenia, y los hombres del público, indignados, gritan: «¡Tongo, tongo!» Esto sucede porque las mujeres me suelen odiar a causa de los celos. No importa. Tengo buen perder. En el filtro de los cigarrillos que fumo siempre queda un cerco untuoso de carmín rosado. La huella de mi boca es la promesa de ese beso del que todos querrían disfrutar. Yo lo guardo para los hombres especiales.

–¿Rubio o negro?

Mi mejor amiga se llama Angélica. Pregunta mucho. Sus preguntas siempre tienen dos miembros. Como las oraciones, las ecuaciones y las anatomías humanas: dos orejas, dos manos, dos pies, dos agujeros de la nariz. A Angélica le gusta el orden y duda constantemente. Quizá eso le ocurre porque sus padres

son intelectuales. También va a un colegio público porque sus padres son intelectuales. Viven en mi barrio por la misma razón. Es como si sus padres se estuvieran castigando por cometer un delito que ni Angélica ni yo podemos adivinar. Yo no entiendo nada y ella todavía menos. El padre de Angélica es propietario de una editorial, pero ella no es buena estudiante. Su madre da clases de sociología en la universidad. Su color preferido es el fucsia, quizá el malva o el lila. Su chica más guapa del mundo es Blanca Estrada.

—¿Blanca o Susana?

—Blanca, Blanca.

En la leonera, Angélica, mi mejor amiga, se llama Gloria Adriano. Estudió en el liceo francés. Es la hija única de una familia muy adinerada. Una rebelde. Tiene veinticinco años y hace dos vivió en una comuna hippie y viajó por toda Europa. Sus amigos fuman en pipa. Algunas veces a Gloria Adriano se le va la cabeza y no puede acordarse de qué hizo la noche anterior. Entonces enreda el ensortijado pelo caoba entre los dedos finos y hace un esfuerzo por recordar. Pero no lo consigue. Tiene varios amantes. No ama a ninguno, porque, en el fondo, Gloria Adriano espera a su príncipe azul y sabe que ésta es una etapa, tan pasajera como insustituible, de su vida. Con el paso de los años será una mujer intensa y cargada de secretos que deberá guardar celosamente si no quiere perder su reputación. Los amigos de Gloria Adriano son estudiantes de antropología, oyentes de la escuela de cine, directores de escena, prometedores escritores, dueños de locales nocturnos, que admiran a Gloria por su belleza y por su libertad. La nombran musa. Gloria y yo nos conocemos en un *casting*. Soy yo quien obtiene el papel, pero Gloria no se pone celosa. Entre nosotras no caben los sentimientos mezquinos. Hemos prometido —incluso hemos jurado con gotas de sangre— que jamás nos peharemos por un hombre. Que ningún hombre nos podrá separar jamás. Gloria Adriano conserva en el refajo del corazón el deseo de volver a

casa. No a la casa de sus padres, sino a un hogar fundado por ella, que no sea la casa de sus padres pero que se le parezca mucho. Gloria, que se cree más moderna que yo, es mucho más conservadora. No se lo voy a decir. Gloria Adriano quiere volver a casa cuando esté aburrída. Fatigada después de haber triunfado. Llena de satisfacciones y experiencias. Dentro de un tiempo, pero no demasiado tarde.

Le tiendo a Angélica el papelajo que he escrito. Naturalmente, algunas cosas me las he guardado para mí:

—¿Te parece bien?

Ella mueve la cabeza abajo y arriba. Después, Gloria y yo, con los labios pintados, besamos la página. Es una rúbrica.

Cuando oímos que mis padres abren la puerta de la calle, escondemos el papelucho entre el colchón y la cama. Tenemos doce años, estamos solas en casa como todas las tardes y en mi cuarto suena una emisora musical ininterrumpidamente.

Tenemos doce años y nuestros sueños son una auténtica mierda.

Al mirar el papelucho, certifico, sin embargo, que mi caligrafía de entonces era un auténtico primor.

La caja negra. Un documental de Catalina H. Griñán
MMXIV

A Inés Marco. Y a Angélica, se encuentre donde se encuentre

(Imágenes de Raffaella Carrà que canta y baila en un programa de variedades. Lleva un maillot oscuro y unas medias negras de costura que estilizan sus piernas. Una chaqueta de caballero y un flexible que se quita y se pone al ritmo de la música. La cantante echa hacia atrás la cabeza, muestra la línea del cuello, la tensión de la garganta, menea su melenita, tan europea y rubia, y se lleva a la boca un micrófono que es un instrumento fascinante al que ella aproxima los labios como si fuera pene, piruleta, hortaliza, algo de comer entre horas. Raffaella canta, en un excelente *play back*, *Explota explota me explotó*. Sobre las imágenes de la Carrà, en superimpresión, se muestran páginas de google donde aparecen noticias de la Transición española. Aproximadamente 79.100 resultados de los que únicamente se recogen los que caben durante el periodo de tiempo de la actuación de Raffaella. Esto es lo que quedará de la HISTORIA. Con mayúsculas. Lo grande contraído en lo minúsculo. Cuando la canción acaba, la cámara se aleja del vídeo de Raffaella y vemos que las imágenes se enmarcan en el recuadro de una pantalla televisiva puesta sobre el escenario de un café cantante. Tras un fundido en negro, se abre la Caja 1).

Caja 1

Una teta intelectual

(Voz en off sobre foto fija: la cámara se mueve sobre la foto analizada deteniéndose en detalles al hilo del off. Los detalles fotográficos se transforman en dibujos coloreados en el mo-

mento en que la cámara se centra en ellos. La persona se hace personaje y la realidad se convierte en representación).

El 14 de febrero de 1978, día de los enamorados, Susana Estrada recibe de manos del futuro alcalde de Madrid, Enrique Tierno Galván, uno de los premios concedidos por el diario *Pueblo*. Por si alguien tiene alguna duda sobre el merecimiento del galardón, Susana Estrada se saca una teta. El viejo Profesor reacciona: «Señorita, no vaya usted a enfriarse.»

O «No vaya usted a coger frío». Las fotos no retienen las palabras, pero, en cualquiera de los dos casos, la frase de Tierno abulta el inventario de respuestas ingeniosas pronunciadas por un personaje público dentro o fuera de una campaña publicitaria. Recordamos a Marilyn —la recordaremos muchas veces—: «Sólo duermo con unas gotas de Chanel N° 5.» O a Mae West: «Cuando soy buena soy muy buena...» O a María Félix: «Me gustan los hombres y los peces...» Podemos recordar incluso el zapato de Jrushov y el petulante «¿Por qué no te callas?» del rey de España. «Yo hago lo que me da la gana y lo que piense la gente a mí plin...», gime la duquesa de Alba entre los andamios que apuntalan sus pómulos y le mantienen rígida la lengua. La fibra de vidrio, tal vez un plástico de última generación, logra que sus rodillas soporten el peso de su carne. Parece que la duquesa estuviera a punto de llorar. Y, sin embargo, es una mujer que tiene más de un motivo para descuajaringarse de risa. «Un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad...» Respuestas ingeniosas de un personaje público, hitos históricos, *trending topics*, mojones para pautar los instantes que dan forma a la línea del tiempo y a la memoria humana. Palabras, fotos, que nos obligan a compartir cosas a la fuerza. Incluso aquellas de las que nos avergonzamos.

(De la boca de Tierno Galván sale un bocadillo de texto: dentro de él se dibujan las palabras que supuestamente pronuncia).

El viejo Profesor habla —«Señorita, no vaya usted a enfriarse»— y la opinión pública corrige su percepción del viejo Profesor: un hombre inteligente pero falto de esa seductora simpatía de los vividores. Se multiplica el prejuicio sobre la agudeza del viejo Profesor porque el público se convence de que se ríe por dentro a todas horas. Cada vez que Tierno Galván encoge la papada o ensaya un ademán modosito, la gente está segura: «Se está riendo por dentro.» Al viejo Profesor ya no sólo le adornan la sabiduría y el punto medio en el que se encuentra la virtud, sino que además se hace simpático y chisposo en su corrección y su ocurrencia versallesca y, a la vez, castiza. Galante. De otro tiempo que era ese mismo. Y éste. Y mañana. Desde entonces hasta hoy muchas son las cosas que perduran. Aunque el instinto de supervivencia nos empuje a exaltar lo que ha cambiado: las innovaciones, el avance, la dependencia de objetos, entonces inexistentes, que ahora se nos han hecho imprescindibles. No hablamos de bragueros ni de metanfetaminas.

Susana Estrada y la mayoría de los asistentes al acto ríen. La sonrisa de Susana es contagiosa, sincera, natural. Le marca hoyuelos en las mejillas que parecen cinceladas a fuerza de sarcarse molares del fondo de la boca. A lo Marlene Dietrich. Como se dice que también hizo Raquel Welch con sus costillas flotantes. Al día siguiente, la escena aparece fotografiada en distintos periódicos. La foto, en blanco y negro, con un encuadre apropiado, los personajes justos, una composición casi pictórica en sus líneas de fuerza y en su juego de sombras y de luces, refleja distensión. Enseguida los hombres con traje que aparecen en la segunda fila de la foto se aflojarán la corbata. Foto de cumpleaños. Foto de pompa y circunstancia. Foto finish. De recepción oficial.

Susana Estrada ríe abiertamente, aunque su pecho parece triste. Hambriento. Muchas mujeres, al ver la foto, opinarán: «Tiene las tetas caídas», «Tiene pechos de cabra», «Parece una pasa». La teta de Susana le cae hacia el estómago y muestra una

areola de aspecto masticable. Es una teta que tiene algo líquido y escurridizo. Años después, Susana retocará sus pechos como puede apreciarse en las fotos del reportaje «Susana Estrada se rasga la camiseta»: las tetas de la actriz asturiana se han inflado y redondeado. La bomba hincha —*masturbatoriamente*— la rueda de la bici y los espectadores se colocan las manos muy cerca de los oídos temiendo una explosión. Una debacle. Una destructiva ventosidad.

En la foto de los premios del diario *Pueblo*, el pecho de Susana puede verse gracias a que ella misma desabotona su casaca bordada. En segundo plano, los señores con traje aplauden. No se asoman para mirar la teta libre de Susana Estrada, que, en ese momento, les da la espalda. Tampoco mira a Tierno ni al objetivo del fotógrafo. No se sabe a quién mira Susana Estrada. A un amigo. A una compañera. A un familiar. A la opinión pública. Los hombres que leen los periódicos del día siguiente y los señores que aplauden en segundo plano piensan cosas que no tienen tanto que ver con el sexo como con las bandas negras que se acumulan debajo de las uñas. Se cuidan de estirarse en un escorzo para ver la teta de Susana porque saben que los fotoperiodistas están al quite. Así que los hombres con traje se fijan risueños en el viejo Profesor: «Qué sentido del humor», «Qué finura», «Qué púdica picardía», «Parece inglés», «Oxonense».

Hay quien dice que la revelación de la teta de Susana Estrada, su búsqueda de la luz en el mes de febrero, fue una estrategia para desprestigiar al político socialista. Rumores. Da la impresión de que Susana actuó motu proprio. Susana Estrada, además de su casaca abierta, lleva pantalones vaqueros y el pelo con raya al lado. En su cuello reluce una gargantilla. Quizá sea una pieza de bisutería o una joya que Susana compró con su dinero. No se aprecia con claridad en la foto de internet.

(Sin fondo musical).

Ésta es una historia sobre el adulto que llevan dentro todos los niños. Vuelvo la vista atrás y tengo doce años. Soy una niña que ya tiene dentro de sí a la mujer de cincuenta que será, aunque es muy posible que entonces fuese más vieja que ahora. Los viejos guardan dentro de la tripa al niño que fueron, es más, lo ponen a menudo encima de la mesa porque, a cierta edad, uno sólo se acuerda de su niñez, del calor del escote de su madre, de su perfume a leche hervida o a rositas tempranas. Yo, a mis doce años, tengo dentro de mí a la señora de casi cincuenta que soy ahora o, más exactamente, a otra mujer que ya no conozco pero que, a los doce años, me susurraba al oído lo que debía hacer.

Nunca me he sentido en mi esplendor o plenitud. En el cenit de mi vida. Siempre he tenido doce años o cincuenta, y las elecciones nunca han sido fáciles. No es como cuando le das vueltas al rabito de una manzana, repitiendo en cada giro las letras del abecedario, para conocer la inicial del hombre con quien te vas a casar. Una vuelta, a de Alberto; dos, b de Benito; tres, c de Claudio... En el último giro, cuando por fin el rabito se desprende, nada ha tenido que ver la suerte o la predestinación, sino una presión mal disimulada, un tironcito de los dedos cuando se llega a la d de Daniel que es la persona con la que

quieres compartir tus días y tus noches de ratita presumida. ¿Y por las noches qué harás? Dormir y callar, dormir y callar.

Pero hoy vuelvo la vista atrás, tengo doce años, y estoy en la cocina de nuestro piso en un barrio de clase media de la ciudad de Madrid. Me llamo Catalina Hernández, pero sólo me llamo así cuando estoy en la cocina o en el pupitre. No de noche, no a la caída del sol, cuando Angélica y yo cerramos la puerta del cuarto de juegos. La leonera.

Ahora soy Catalina o Cata o Cati y mi madre analiza una foto del periódico mientras fríe trocitos de pescado a la romana en una sartén de aceite hirviendo.

—Qué guarra, la tía.

Mi madre sabe hacer muchas cosas a la vez. Empana filetes y lee. Cose y canta. Prepara el café y fuma un cigarrillo. Mi madre siempre me hace la comida y por la tarde se va a trabajar. Es enfermera en la consulta de un odontólogo. A veces me deja su uniforme para disfrazarme y juego con Angélica en la leonera con la puerta cerrada a cal y canto. Allí Angélica se quita las gafas de miope que le achican los ojos y ya no es ella, sino una mujer de ojos inmensos, apabullantes, que, después de sufrir muchas desventuras, va a comerse el mundo. Angélica suele ponerse el rostro de Blanca Estrada. Como una capucha cuando llueve o como la máscara con que los ladrones se cubren para robar los bancos. Angélica se la pide: «Yo me pido a Blanca Estrada.» Y a mí no me parece mal, porque tengo otras preferencias. Angélica y yo no discutimos nunca.

Siempre que mi madre me hace la comida, me imagino sus dedos dentro de la boca de un paciente con las muelas picadas. Entonces el estómago se me da la vuelta y me curo pensando en las manos de mi madre que se frotan, se enjabonan, se aclaran debajo del grifo. Mi madre dice que la sangre no me llega a la cabeza porque como poco. Me baja la glucosa y tengo visiones extraterrestres. «Extravagantes», me corrige mi padre. Después añade: «Insólitas, extraordinarias, inverosímiles.» Luego,

coge el coche y se marcha a trabajar. Extravagantes o extraterrestres, mis visiones están provocadas por la falta de alimento. «Catalina está chaladita», dice mi madre. Le gusta gastarme bromas. Sin embargo, hoy no me presta mucha atención. Está hipnotizada por la fotografía del periódico. No se pierde ni un detalle a la vez que pasa mecánicamente la carne blanzuca de un bacalao o de yo qué sé qué primero por el plato de harina y después por el de huevo batido.

—¿No le dará vergüenza?

Los trozos de pescado, al sacarlos del aceite, están doraditos, doraditos, y el oro del pez me distrae y oigo las voces de mamá y de la abuela Rosaura que son viejas y de pueblo o de campo, uno del derecho y otro del revés, cuarto y mitad, lavativa, emplasto, corchete, *cuete* en vez de *cohete*, coger el dobladillo, la que cose sin dedal cose poco y cose mal, me voy a tomar un *otalidón*, vuelta y vuelta, doraditos, doraditos, y me tapo las orejas de soplillo para dejar de oír, pero sigo teniendo bien abiertos los ojos y veo a mamá mientras coloca el pescado sobre una bandeja. Grumos harinosos flotan sobre el huevo, la punta del tenedor está pegajosa de engrudo.

—Pero ¿cómo puede atreverse una mujer a hacer estas cosas?

Me apetece meter el dedo en el huevo, pasar la palma de la mano por la punta sucia del tenedor. Palpar la textura del engrudo. Metérmelo en la boca. Hoy a mi madre le ha dado una arcada al freír el pescado. A ella, que se suele comer los boquerones crudos mientras los limpia. Así que la náusea será consecuencia del olor del aceite. A mí también me harta el olor del aceite frito. Me llena la barriga antes de comer. Olisqueo.

—Catalina, te vas a comer el pescado. Quieras o no.

Me sorprendo al oír mi nombre en boca de mi madre. Catalina. Catalina. Catalina. Catalina es un nombre horroroso. De vieja. De pueblo. De mohína Catalina. De aspirina y de pepina. De monja y de quina. De gente con la nariz aquilina. Medicina, tetina, estricnina. Cuando Angélica y yo nos ence-

rramos en la leonera me llamo Daniela, que suena a Italia y a abrigos de piel y a pastelería. Incluso suena a aviones que sobrevuelan el océano Atlántico. Mi madre, que me vigila continuamente incluso cuando creo que no lo hace, ahora vuelve a olvidarse de mí y, mientras corta tomates, ladea la cabeza para evaluar otro aspecto de esa foto que la tiene obsesionada:

–Qué pecho más feo. Hay que joderse.

Joderse, jiñarse, amolarse... Pueblo, pueblo y pueblo. Ordinariez. Mi madre se llama Sonia, que es un nombre bastante más bonito que el mío. Mamá le debería dar las gracias a la abuela Rosaura. Pero a Sonia no le sirve de nada llamarse así, con un nombre que suena a Rusia y a nieve y a manguitos de marta y a María Silva, que hace de Anna Karénina –estricnina, aquilina, Catalina– en la novela de la televisión que vi con mi abuela hace tres años, porque, aunque mi madre fume cigarrillos mientras bebe café, huele a campo. Mi madre no se pinta y, cuando lo hace, se mancha con el rímel. Está muy rara mi madre cuando se pinta un rabillo negro. No parece ella. Mi madre aliña la ensalada y se limpia la mano en el delantal.

–Un pecho caído. Blandurrio. Tristón.

Mi madre ahora ha hablado como mi padre. Al hacerlo, palpa su propio pecho, que vive y que colea. Que aún no se ha caído y que me mira –me vigila incluso más atento y erguido que de costumbre– cada vez que ella se quita el sostén: en un probador de los grandes almacenes, para hacerse la cera en los sobacos, para ponerse otro sujetador de color carne porque el negro se le transparenta por debajo de la blusa. El pecho de mi madre está relleno de pompas jabonosas, compuesto de una sustancia que es como la saliva bajo la lente del microscopio o como el papel burbuja que sirve para proteger los objetos frágiles. Yo no daré nunca de mamar, aunque mi madre me diga que alimentarme con su propio cuerpo fue una satisfacción. Incluso a veces un placer que habría prolongado durante meses y años. Ella es de campo como las vacas y las terneras. A mí, mi

cuerpo me da grima –no me paso el dedo por las piernas para no presentir las varices que vendrán– y no me gusta que me pongan inyecciones. Inauguro en España el concepto de «distancia de seguridad». Mi madre, como tuvo que ponerse a trabajar, empezó a dejarme preparados biberones que me daba con amor la abuela Rosaura. Pese a todo, mi madre siempre huele a leche a punto de romper a hervir.

–¡Neeeeeeceela!

Aprovecho que mi madre se asoma un momento a la ventana para hablar con una vecina –a voz en grito por el agujero del patio– y me palpo con aprensión los abultados botones de mis dos tetitas que duelen. A veces noto un escozor como si la carne se abriera para dejar paso a la floración de una patata. Mi madre dice que como muy mal, pero como mucho pollo. «Es bueno por las hormonas y la grasa», me dice mi amiga Gloria, mientras fuma su falso cigarrillo emboquillado. Gloria se llama Angélica, que es un nombre mucho más bonito que Catalina, Cata, Cati, Lina. Pero a Angélica no le gusta su nombre. Sus padres son intelectuales y ella viene a mi colegio, aunque podría ir a uno de pago, porque sus padres piensan que es mejor así. Esta idea me viene a menudo a la cabeza porque no la entiendo bien. A veces pienso que, igual que nosotras nos avergonzamos de nuestros padres –sí, nos avergonzamos– y yo querría para mí a los padres de Angélica y a Angélica le gustaría que mi madre fuera la suya y le friese pescado al volver del colegio porque Angélica come en el putito comedor escolar –macarrones, lentejas con arroz, paella, flanes, naranjas y plátanos–, de igual forma, los padres de Angélica se avergüenzan de ella porque no es tan lista como yo. No tendría nada que hacer en un colegio de pago, bilingüe y con campos de deportes. A Angélica no le gusta la gimnasia y se le da mal el inglés. «Jauduyudú», así habla Angélica en inglés. Deberíamos practicar el cambio de parejas.

Mientras tanto, yo como pollo y miga de pan. Mucha, mu-

cha miga de pan. Angélica lleva gafas de culo de vaso. Yo voy a ser una mujer hermosa. Un cisne que ya apunta maneras en la exquisita delgadez de sus clavículas. Aunque, de momento, como miga de pan y soy una carpa del estanque. Con la piel babosa y del color del barro. El anzuelo, que aún lleva prendido un migote de pan húmedo, me sale por una de las agallas. Deslizante. Si alguien me hinca el diente, sabré a tierra y a excremento de caracol. Mi madre, que acaba de cerrar la ventana, quiere que cometa un acto de canibalismo.

—¿Por qué pones esa cara? Te vas a comer el pescado. Y punto, Catalina.

Con la cabeza le digo que sí mientras observo la foto del periódico. Como a mi madre, Susana Estrada me da repelús. Prefiero a su prima Blanca Estrada, que es como una princesa nórdica de ojos azules, pelo rubio, sonrisa dulce. Susana es angulosa y Blanca redondita. A mi madre Blanca Estrada tampoco le parece hermosa. No sabe que es un hada o una holandesa con su típico gorrito tan similar a unos cuernos de encaje, a una toca antigua de monja o al tricornio blanco de un guardia civil. Blanca Estrada es de Angélica, que no tiene mucha imaginación, y aunque en la leonera yo no me la pido nunca, cuando le digo a mi madre que Blanca es una mujer hermosa, ella salta como si la pinchasen con tenedores, tridentes y espinas de rosal:

—¿Ésa? Pero si tiene cara de pan. ¡Por favor!

El aceite salpica la foto de la teta de Susana Estrada. El pescado salta mucho. Es por el agua que le queda entre la carne blancuzca. De bacalao, de japuta, de gallo, de lo que sea. Ahora yo tampoco puedo dejar de mirar la fotografía. Mi madre no le echa vinagre a la ensalada porque a mí el vinagre me pone los dientes largos.

—¿Y este pobre hombre? Lo que tendría que aguantar...

Mi madre señala con la cabeza la imagen del viejo que aparece en primer plano junto a Susana Estrada. Cuando Angélica

y yo jugamos en la leonera, Susana Estrada es la mala de todas las películas. También es la mujer más inteligente en oposición a Blanca, angelical y estúpida. Tal vez, Susana siempre es la mala porque mi madre le tiene manía. Me gusta cómo se indigna mi madre, las palabras que emplea cuando ya no puede contenerse y se sulfura como el pitorro de la olla. Mi madre es una mujer de verdad, con ese carácter que tienen que tener las mujeres, esa determinación, ese arrojo, esa capacidad para aguantar el dolor físico. Mi madre agarra las ollas calientes sin quemarse. Su cuerpo y el metal al rojo están a la misma temperatura. No hace falta que el agua alcance los cien grados centígrados para que ella llegue a su punto de ebullición. El agua de mi madre, Sonia Griñán —y Griñán suena a piedra, monasterio, puente, excursiones, campo, Cid Campeador, viñedos, y por eso yo me llamo sencillamente Daniela Astor como la sofisticada marca de un pintaúñas—, el agua de mi madre se pone a hervir a diez o quince grados, estalla, se evapora, se olvida, vuelve a hervir. Cada vez que mi madre estalla, sufro una quemadura. Entonces superpongo el rostro de Susana Estrada al de mi madre y recupero uno de los dichos preferidos de Sonia Griñán, «Dios nos libre del agua mansa, que de la brava ya me libro yo», y me anticipo a la indemostrable posibilidad de que las mujeres dulces como Blanca Estrada se conviertan en viudas negras. A la posibilidad de que todas seamos malas de corazón: también las mejores.

Quizá mi madre odia a Susana Estrada porque a mi padre le gusta. Mi padre es maestro, pero no en mi escuela. Cuando discute con mi madre, a mi padre la cara se le borra de la cara. No me confundo. La cara se le borra de la cara y no parece él, sino un hombre muchísimo más tonto. Un subnormal. Mis padres siempre se reconcilian, y después, otro día cualquiera, mi madre vuelve a su punto de ebullición. Discuten por el dinero y, pese a que mi madre es muy temperamental, no se enzarzan muy frecuentemente. Cuando lo hacen, yo, como todas las ni-

ñas del mundo, me tapo las orejas. Y no entiendo por qué mi padre no le calla la boca a mi madre, que chilla y chilla. Si mi madre no me quisiera tanto, la estrangularía con una almohada. No sé si mi padre estaría de acuerdo.

Mis padres tienen vida sexual porque yo oigo ruidos a través de la pared. Y casi sé en qué consiste el sexo. *Casi*.

—¿Y ahora qué te pasa, Catalina? Cómete el pescado...

He debido de poner cara de asquito. Pero mi madre siempre me vigila y, por qué negarlo, es graciosa.

—... no vaya a ser que él se te coma a ti.

Mi madre me hace chistes continuamente. Quizá se cree que soy más niña de lo que soy: «No vaya a ser que él se te coma a ti.» Hace poco, en una clase de historia sagrada, me contaron el episodio de Jonás y la ballena. No me pareció una historia muy interesante. Me interesan más los amores de Blanca y de Susana Estrada. El romance de Bárbara Rey con Alain Delon. La muerte de Sandra Mozarowsky.

Vuelvo la vista atrás. Tengo doce años. Estoy en la cocina. Me gusta acompañar a mi madre a la peluquería para leer revistas viejas. Para que me pongan los rulos y me claven horquillas en el cuero cabelludo. Soy una niña que ve la televisión mientras engulle trozos de pescado para no tenerlos que paladear.